

La comunidad vocacional

Fabián Martín Gómez, agustino recoleto

Introducción

Las puertas y las ventanas de acceso a la experiencia de vida en comunidad agustino-recoleta:

— “eres indudablemente tú”,

— “soy precisamente yo”;

— “definitivamente, somos nosotros”.

Tanto en las comunidades cristianas como en las comunidades de vida religiosa consagrada, desafortunadamente se da mucho una mentalidad “*delegacionista*” respecto a la animación de las vocaciones. La falta de compromiso en la animación de las vocaciones se debe, en parte, a que la mayoría de las personas derivan esta tarea en los directamente responsables de la pastoral de vocaciones.

Por su parte, los promotores vocacionales hacen lo posible por llegar a todas las personas interesadas y a los lugares a donde se les invita, a veces cansados y acelerados. Esta praxis en la pastoral vocacional está ya obsoleta y no corresponde a una comprensión actual de la Iglesia, misterio de comunión y misión.

En este sentido, es importantísimo generar una nueva praxis pastoral respecto a la pastoral vocacional dentro de las comunidades cristianas: “*todos somos agentes de animación de las vocaciones*”. Esta consigna no es una máxima sin más, sino que nace de la misma comprensión de la Iglesia, como misterio de comunión y misión. La Iglesia es Madre de todas las vocaciones.

Cada comunidad local está convocada por el Espíritu a favorecer aquellas estructuras y procesos necesarios tanto para el despertar vocacional de las nuevas generaciones, como para asegurar el acompañamiento en la búsqueda y el discernimiento de la vocación específica. Los discípulos y las discípulas jóvenes de Jesús deben encontrar el apoyo y la ayuda suficientes para que lleguen a descubrir y realizar aquella misión para la cual vinieron al mundo.

Esta reflexión intenta pues, propiciar un cambio de mentalidad respecto a la animación de las vocaciones. Se trataría de remplazar una praxis pastoral en la que el promotor vocacional lo hace todo, a otra en la que todos en la comunidad asumen el servicio de la pastoral de animación de las vocaciones como una acción pastoral permanente.

Desde esta perspectiva, es urgente poner en marcha una pastoral vocacional que se abra a una praxis en la que, contando con el compromiso decidido de los laicos, se animen y promuevan todas las vocaciones en las comunidades locales. De este modo, se podrá poner en marcha una acción pastoral que, por un lado, permita avivar la belleza de las vocaciones específicas entre quienes ya la han descubierto y, por otro lado, ese testimonio abra a su vez nuevos horizontes en el seguimiento de Jesús para los jóvenes.

Un testimonio que arrastra

El evangelio de san Juan es el evangelio de los relatos que refieren la fecundidad del testimonio de los y las discípulas de Jesús. Después del prólogo (*Juan 1,1-1*) tenemos inmediatamente a Juan el Bautista que da testimonio de Jesús, en primer lugar, ante los sacerdotes y levitas judíos:

“Entre ustedes hay alguien a quien no conocen, que viene detrás de mí; y yo no soy digno de soltarle la correa de su sandalia” (vv. 26-27).

En segundo lugar, se dice que al día siguiente dio testimonio ante los oyentes:

“Al día siguiente Juan vio acercarse a Jesús y dijo: ahí está el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. [...] Juan dio este testimonio: contemplé al Espíritu, que bajaba del cielo como una paloma y se posaba sobre él. Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar me había dicho: Aquel sobre el que veas bajar y pasarse el Espíritu es el que ha de bautizar con Espíritu Santo. Yo lo he visto y atestigo que él es el hijo de Dios” (vv. 29.32-34).

En tercer lugar, el testimonio de Juan el Bautista se dirige a sus discípulos:

“Al día siguiente estaba Juan con dos de sus discípulos. Viendo pasar a Jesús, dice: ahí está el Cordero de Dios” (vv. 35-36).

Esa es la referencia clave que pone en camino de búsqueda a aquellos discípulos, “*al oírlo hablar así, siguieron a Jesús*” (v. 37). Luego el encuentro directo con el Maestro, “*Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les dice: ¿qué buscan? Respondieron: -Rabí -que significa Maestro-, ¿dónde vives? Él les dice: vengan y vean. Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día*” (vv. 38-39). Después, Andrés que era uno de los dos discípulos va corriendo a su hermano Simón y le dice: “*hemos encontrado al Mesías -que significa Cristo. Y lo condujo a Jesús*” (vv. 41-42). Al día siguiente Jesús encuentra a Felipe y lo llama a su seguimiento. Y se repite la misma historia. Felipe encuentra a Natanael y le dice: “*hemos encontrado al que describen Moisés en la ley y los profetas*” (v. 45); y lo conduce a Jesús (v.46).

Los relatos del evangelio de san Juan refieren una y otra vez la fecundidad del testimonio de los y las discípulos de Jesús; un testimonio que convence, que arrastra y que conduce ante Jesús. Los discípulos, recién llamados, llaman a su vez a otros mediante su fe en Cristo, el Mesías; Aquel que cumple los anhelos más profundos del corazón humano a la medida del don de Dios.

La fe en Jesús es difusiva, se contagia, no puede ni confinarse ni reducirse a una experiencia privada. El gozo por el encuentro con Jesús se traduce, a su vez, un anuncio entusiasta: ¡lo hemos encontrado! Este estilo de anuncio de Jesús y su invitación a seguirlo debe ser la nota distintiva de la praxis de la pastoral vocacional: ¡todos somos testigos y animadores de todas las vocaciones!

Para dar vida en Cristo

San Agustín, ya desde el comienzo de su experiencia monástica, invitó a unirse a otros hermanos a su mismo género de vida. A partir de su encuentro con Cristo ardió en su corazón un fuego que siempre incendió otros corazones en el mismo deseo de Dios; llegaron a ser antorchas que compartieron con él las sendas y aventuras de la vocación cristiana y monástica.

En este sentido es muy significativo aquel episodio de la vida del santo cuando, en medio del encanto de la vida monástica en Tagaste (Argelia) en el año 386, se dirigió a la ciudad de Hipona para ganar a un amigo para el monasterio:

“Vine a esta ciudad para ver a un amigo, al que pensaba que podría ganar para Dios, viniendo a estar con nosotros en el monasterio” (San Agustín, Sermón 355, 2).

El santo de Hipona escribió:

“Exhorto a otros con todo el afán que puedo a abrazar este propósito, y tengo hermanos en el Señor que por ministerio mío se han decidido a hacerlo” (San Agustín, Epístola 157, 4, 39, a Hilario).

Y hay un párrafo breve de uno de sus sermones que nos debería llevar a repensar la pastoral de animación de las vocaciones desde la fecundidad propia de toda vida cristiana. Escribe san Agustín:

“¿Nos atrevemos a llamarnos madres de Cristo? [...] Han sido hijos, sean también madres llevando a Cristo a los más que puedas; para que, así como fueron hijos al nacer, puedan ser madres de Cristo llevando a nacer a otros” (San Agustín, Sermón 72 A, 8).

Todos pues, en cuanto discípulos y discípulas de Cristo, estamos invitados a ser “padres” y “madres” para dar a luz a las nuevas vocaciones en la Iglesia.

Luces para el camino

“La Iglesia es en Cristo sacramento, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (Lumen gentium, n. 1).

La Iglesia aparece como Pueblo profundamente unido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. *Lumen gentium*, n. 4). De hecho, “todos los hijos de Dios y miembros de una misma familia en Cristo, al unirnos en el amor mutuo y en la misma alabanza a la Santísima Trinidad, estamos respondiendo a la íntima vocación de ser Iglesia” (*Lumen gentium*, n. 51).

Por esta razón la llamada al encuentro con Dios es, a la vez, llamada al encuentro entre los hermanos, hijos un mismo Padre. La respuesta afirmativa del ser humano al llamado de Dios origina la “ekklesía”, comunidad de los convocados.

La comunidad cristiana tiene una profunda identidad vocacional porque, desde su origen, está convocada a la misión (*Mateo 28,18-20*); es decir, a ser signo de Cristo misionero del Padre en el corazón del mundo.

Toda vocación florece en la Iglesia y es para esta Iglesia que camina en el mundo hacia la realización de una historia grande, la historia de la salvación. Y la íntima identidad de la Iglesia se borda en la historia de cada vocación. Sin embargo, una voz cualificada de la Iglesia afirmó recientemente:

“la crisis vocacional de los llamados es también, hoy, crisis de los que llaman, acobardados y poco valientes. Si no hay nadie que llame, ¿cómo podrá haber quien responda?” (Nuevas vocaciones para una nueva Europa, n. 20).

Desde esta perspectiva, “la comunidad cristiana es madre de vocaciones porque las hace nacer en su seno, por el poder del Espíritu, las protege, las alimenta y las sostiene” (*Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n. 19).

Por esta razón es importante recrear en las comunidades locales un clima de alegría, de fe, de oración, de comunión en el amor, de madurez espiritual, de valentía en el anuncio, de intensidad de la vida sacramental. Lo cual convierte a las comunidades cristianas en un terreno preparado no solo para que broten las vocaciones particulares, sino para la creación de una cultura vocacional, a la vez que posibilita

aquella disponibilidad necesaria en los discípulos y las discípulas, para recibir la llamada personal que les hace el Maestro.

En el *Documento de Aparecida* (CELAM 2007), se habla en repetidas ocasiones de una evangelización “kerigmática”, que parta siempre del encuentro vivo con Cristo. Quienes serán sus discípulos ya lo buscan (cf. *Juan* 1,38), pero es el Señor quien los llama: sígueme (cf. *Marcos* 1,14; *Mateo* 9,9).

Se ha de descubrir el sentido más hondo de la búsqueda, y se ha de propiciar el encuentro con Cristo que da origen a la iniciación cristiana. Este encuentro debe renovarse constantemente por el testimonio personal, el anuncio del kerigma y la “acción misionera [vocacional] de la comunidad”. El kerigma no solo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez de los discípulos y discípulas de Jesucristo (cf. *Aparecida*, n. 278).

En este mismo sentido, el documento de Aparecida señaló la importancia que tiene la comunidad como un agente formador en el itinerario del discípulo misionero:

“No puede haber vida cristiana sino en comunidad: en las familias, las parroquias, las comunidades de vida consagrada, las comunidades de base, otras pequeñas comunidades y movimientos. Como los primeros cristianos, que se reunían en comunidad, el discípulo participa en la vida de la Iglesia y en el encuentro con los hermanos, viviendo el amor de Cristo en la vida fraterna solidaria. También es acompañado y estimulado por la comunidad y sus pastores para madurar en la vida del Espíritu” (Aparecida, n. 278).

La comunidad cristiana es por excelencia la comunidad vocacional, lugar privilegiado en que se favorece el despertar vocacional de sus miembros, y se los acompaña hasta que iluminen en Cristo el sentido de sus vidas.

Finalmente, el *Documento de Aparecida* indica que, en lo referente a la formación de los discípulos misioneros, la pastoral vocacional acompaña cuidadosamente a todos los que el Señor llama a servirle en la Iglesia, ya sea en el ministerio ordenado, en la vida consagrada o en el estado laical. A continuación, apunta que la pastoral vocacional es responsabilidad de todo el Pueblo de Dios, comenzando por la familia y la comunidad cristiana.

Esta pastoral ha de estar plenamente integrada en la pastoral ordinaria, especialmente en la que se acompaña niños, jóvenes, familias, escuelas católicas, etc. Su labor comienza incentivando la oración por las vocaciones para contribuir a la receptividad del llamado del Señor; además de promover y coordinar diversas iniciativas vocacionales (cf. *Aparecida*, n. 314).

La nueva ola del papa Francisco

El papa Francisco ha supuesto en la Iglesia una ola dinamizadora de la pastoral vocacional en clave “*kerigmática*”. De hecho, al anuncio de las verdades fundamentales de la fe cristiana se le denomina “siembra vocacional” porque se trata de depositar la semilla buena del evangelio en la tierra buena del corazón humano.

Tal simiente, aunque parezca una verdad simple y sencilla, contiene en sí un germen de vida nueva enorme, que representa un auténtico “despertador” del sentido vocacional de la vida. Este anuncio del kerigma vocacional es una tarea decisiva en las comunidades cristianas:

“es la prioridad absoluta en la transmisión de la fe (... y) debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial” (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 110 y 164).

Toda la pastoral está orientada, por su misma naturaleza, al discernimiento vocacional, en cuanto que su objetivo último es ayudar al creyente a descubrir el camino concreto para realizar el proyecto de vida al que Dios lo llama. Por ello, ha dicho el Papa Francisco:

“el servicio vocacional ha de ser visto como el alma de toda la evangelización y de toda la pastoral de la Iglesia y, por lo mismo, la pastoral vocacional no puede reducirse a actividades cerradas en sí mismas” (Papa Francisco, Mensaje a los participantes en el Congreso Internacional 2017).

Existe una preocupación grande en la Iglesia de acompañar las familias cristianas y de apoyarlas en la realización de su vocación y misión como iglesias domésticas. Dos sínodos celebrados en el 2016 y 2017, arrojaron mucha luz sobre la vivencia del amor cristiano en la familia.

Para el papa Francisco la primera comunidad vocacional es la propia familia de origen. Escribió la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, la alegría del amor, para subrayar que la familia, como iglesia doméstica que es, tiene la tarea de vivir la alegría del Evangelio en la vida cotidiana. A los padres de familia se les pide estar abiertos a la dimensión vocacional y misionera de la vida cristiana, e inculcarla también en sus hijos (Papa Francisco, *Amoris laetitia*, n. 18).

De acuerdo con el pensar y sentir del papa Francisco, una de las tareas de la pastoral de animación de las vocaciones es la de conocer y reconocer a fondo la realidad de nuestras culturas juveniles, y amarlas con sus posibilidades y riesgos, con sus

alegrías y dolores, con sus riquezas y sus límites, con sus aciertos y sus errores (cf. Francisco, *Christus vivit*, n. 200), y llenarlas de la alegría del Evangelio. El mejor servicio que pueden prestar las comunidades a la animación de las vocaciones es abrazar las culturas juveniles y posibilitar en ellas y desde ellas un encuentro con Cristo.

La comunidad vocacional, nuevo paradigma para la pastoral vocacional

Una comunidad prueba su vigor y madurez en la condición de la vida nueva en Cristo en la floración de las nuevas vocaciones que en ella logran gestarse. Ahí donde hay comunidades de fe viva, de esperanza compartida, abiertas a la acción del Espíritu, sensibilizadas por la palabra de Dios, los sacramentos y el compromiso apostólico, surgen las vocaciones y son vía segura para un auténtico apostolado. En palabras del papa Francisco:

“Ciertamente en muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Esto se debe frecuentemente a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. Sin embargo, ahí donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas” (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n.107).

La invitación que hacen nuestras *Constituciones* de Agustinos Recoletos es a convertir cada comunidad en una auténtica comunidad vocacional:

“Presten particular atención a esta pastoral vocacional los que están al frente de las parroquias, los dedicados a la educación, los responsables de los movimientos pastorales, especialmente juveniles, y los que trabajan en el campo de las misiones” (*Constituciones*, n. 157).

El modo más eficaz y proporcionado que se plantea para la animación vocacional es la oración insistente al Señor, y una vida ejemplar individual y comunitaria. De hecho, el testimonio de alegría es la más directa invitación a abrazar la vida agustino-recoleta (cf. *Constituciones*, nn. 158 y 159).

Conclusiones

La mayor dificultad en el servicio de la animación de las vocaciones hoy día no radica tanto en la comprensión de la teología de la vocación, cuanto en la apertura a una nueva modalidad de la praxis pastoral. Se arrastra con un modelo de actuación en pastoral vocacional que conlleva poca implicación por parte de la comunidad cristiana en la animación de las vocaciones.

Cierto, sigue habiendo algunos responsables directos del servicio de la animación de las vocaciones. Sin embargo, es importante que demos un salto de calidad: la animación de las vocaciones es asunto y tarea de toda la comunidad, y todas las formas de vida en el seguimiento de Cristo han de estar significativamente presentes en esta causa.

La Iglesia, comunidad de los convocados, es madre que engendra y da a luz a todas las vocaciones. Por lo tanto, terminamos con unas palabras lúcidas del papa Francisco:

“A ustedes obispos, sacerdotes, religiosos, comunidades y familias cristianas les pido que orienten la pastoral vocacional en esta dirección, acompañando a los jóvenes por itinerarios de santidad que, al ser personales, exigen una auténtica pedagogía de la santidad, capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona” (Papa Francisco, Mensaje para la LI Jornada de oración por las vocaciones 2014).

Bibliografía

- *Evangelio según san Juan* 1,35-51.
- SAN AGUSTÍN, *Sermón* 355, 2; *Epístola* 157, 4, 39, a Hilario; *Sermón* 72, A, 8.
- CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, nn. 1,4,51.
- *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, nn.19 y 20.
- CELAM, *Documento de Aparecida*, nn. 278, 314.
- FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, nn. 107,110,164; *Amoris laetitia*, n. 18; *Christus vivit* n. 200; *Mensaje para la jornada de oración por las vocaciones 2014*; *Mensaje a los participantes en el Congreso Internacional 2017*.
- *Constituciones de los Agustinos Recoletos* (2010), nn. 157-159.